

Núm. Clas.

Núm. A.

Núm. A.

Proced.

P.

Fecha

Clasificó

Catalogó



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

*Propiedad de Mariano Galvan Ri-  
vera.*

PQ7297

F37

Q5

v.4

1836

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

**LA QUIJOTITA  
Y SU PRIMA.**

**CAPITULO I.**

*En el que continúa el coronel intruyendo á  
su hija acerca del matrimonio.*

Así como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes; así el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil corazon las recibia con la misma bella disposicion que recibe el campo las primeras lluvias del verano. De suerte, que tanto gusto tenia el coronel en enseñar á su hija, como esta en recibir sus instrucciones.

Un dia, estando todos conversando sobre mesa, se tocó el punto de la malicia de los hombres que engañan con apariencias de verdad. Al momento se acordó Pudenciana de una promesa que le habia hecho su padre, y le dijo: Papá, el dia que

\*

003215



nos convidaron para las honras de Pamela me dijiste que me darias algunas reglas para conocer á los hombres, las que me serian muy útiles en el discurso de mi vida. Se han pasado ya algunos dias y no me has dicho nada: sin duda que se te ha olvidado; pero ahora te lo acuerdo porque no quiero quedarme sin saber esas reglas.

Haces muy bien de querer saberlas, le contestó su padre, y ahora mismo te cumpliré mi promesa; pero ya te acuerdas que te he dicho que es empresa muy dificultosa el señalar estas reglas por el estudio que los hombres ponen en disfrazarse, y que solo un largo trato con ellos puede quitarles las máscaras y manifestarnoslos tales como ellos son; pero esta prueba, aunque es la mejor, no es la mas segura para una niña recatada, que debe huir todo trato y familiaridad con los hombres, miéntras no salga de la patria pótestad para el estado del matrimonio.

En esta inteligencia, las reglas que te daré serán comunes y sencillas, y por lo mismo fáciles de aplicarlas cuando quieras. Atiende. En cuatro clases puedes dividir á los hombres, y en efecto me pare-

ce que no se dividen en mas ni en ménos, sino que cualquier hombre entra en alguna de ellas precisamente.

Primera clase. *Hombres de buen corazon y mala cabeza.*

Segunda. *Hombres de buena cabeza y mal corazon.*

Tercera. *Hombres de mal corazon y mala cabeza.*

Cuarta. *Hombres de buena cabeza y buen corazon.*

Analizaremos estas clases, dándote algunas señales de cada una, para que conozcas los hombres, segun á la que pertenescan.

PRIMERA CLASE.

*Hombres de buen corazon y mala cabeza.*

A esta clase pertenecen aquellos, cuyo corazon está dispuesto a hacer bien; pero muchas veces hacen mal por ignorancia, creyendo que obran con arreglo á la justicia. Su corazon está animado de deseos de acertar; pero su entendimiento atolondrado ó falto de la instruccion necesaria, concibe el mal como bien, y de aquí se sigue que á cada paso incurren en los errores que quieren evitar. Es-



ta clase de hombres son malos para superiores, porque como se encaprichan, siguen el error, y apenas alguna vez y con mucha dificultad se logra que varien de dictámen, sujetándose á un consejo prudente. Son malos estos hombres, como he dicho; pero son malos sin voluntad de serlo, sino por ignorancia, y por lo mismo merecen alguna disculpa. Peores son los de la

## SEGUNDA CLASE.

*Hombres de buena cabeza y mal corazon.*

Estos son aquellos que tienen bastante talento é instruccion; pero al mismo tiempo un corazon emponzoñado, y muy á propósito para cometer un delito, siempre que conciben que de él les puede resultar alguna satisfaccion ó conveniencia. Por lo general estos hombres son egoistas, intrigantes, interesables y perversos. Ninguna disculpa merecen, ni en el tribunal de su conciencia misma, que incesantemente los acusa y les reprende su proceder inicuo. Estos son malos para superiores, para compañeros, para amigos y para todo.

## TERCERA CLASE.

*Hombres de mal corazon y mala cabeza.*

Estos son los monstruos mas intolerables de la especie humana. Necios y con pésimas inclinaciones, apénas harán un bien por accidente: siendo lo peor la gran dificultad que tienen de enmendarse, pues ciegos y contentos con su torpe ignorancia, estan casi físicamente impedidos de conocer su triste situacion. Dije *casi*, para excusarles la disculpa moral, si la quisieran alegar. El hombre, siempre tiene el camino abierto para salir del error como quiera; pero los que estan bien hallados con él, jamas preguntan si aciertan ó yerran, por mas que les remuerda su conciencia; y he aquí la ignorancia que no tiene disculpa, porque se puede vencer si se quiere. Mas estos necios y perversos de que hablo, no tienen ni quieren tener otro maestro que su capricho. De consiguiente, como necios adoptan las mas detestables ideas, y como perversos las ejecutan siempre que pueden, y Dios nos libre de estar sujetos á esta clase de malvados con poder.



## CUARTA CLASE.

*Hombres de buen corazon y buena cabeza.*

Ningunas alabanzas serán desmedidas para alabar á los que corresponden á esta clase. Por el contrario de los anteriores, siempre piensan bien y obran mejor. Su entendimiento dócil é ilustrado les hace conocer la maldad y la virtud, y su voluntad bien dirigida, los incita á detestar aquella y abrazar esta. Y ¿quién dudará que semejantes hombres son buenos para todo? amigos verdaderos, vasallos fieles, esposos amantes, padres tiernos y ciudadanos útiles á cuantos tienen la dicha de tratarlos? Estos hombres, dignos siempre de la memoria de los buenos, ni se envanecen con las honras, ni se ensoberbecen con el oro, ni abusan del poder cuando lo tienen. En estos casos, cuando su mérito los eleva, ó los engrandece su fortuna, entónces es cuando brillan sus talentos y se perciben dulcemente sus bondades, lo mismo que cuando el astro luminoso del dia se eleva sobre nuestras cabezas, no para incendiarnos con sus rayos, sino para derramar sobre no-

sotros sus influencias benéficas y necesarias.

¡Ay, papá! dijo Pudenciana, ¿quiénes son esos hombres tan generosos y tan grandes á quienes no trastorna el oro ni el poder? Yo quisiera conocerlos para alabarlos sin cesar; pero pienso que me moriré con el deseo, porque solo tú eres tan bueno como los que has pintado.

Esa alabanza en otra boca me parecería irónica, porque á la verdad, no la merezco, dijo el coronel; mas en la tuya la estimo demasiado, porque sé que te la dicta el mucho amor que me tienes, que es el que te hace formar un concepto tan ventajoso de tu padre. Yo te agradezco tu cariño, y procuraré no desmentir tu corazon; aunque es bien que entiendas que ni tengo la bondad que piensas, ni aun cuando la tuviera, seria el único. Hay muchos hombres buenos, hija mia, sembrados sobre la haz de la tierra; pero es difícil conocerlos; y aunque hay muchos, la infinidad de perversos é hipócritas con quienes se hallan confundidos ó engastados, los hace parecer muy pocos y tambien muy raros en el mundo.

Tampoco debes olvidar que por des-



gracia, el mérito y la virtud las mas veces ó no se conoce, ó se arrincona ó se persigue. Así que, no es mucho que los hombres que poseen estas recomendables circunstancias, no esten siempre ni todos en disposicion de comunicar á sus semejantes los efectos de su entendimiento y probidad; y ves aquí un motivo poderoso para que estos hombres ilustrados y benéficos nos parezcan ménos de los que son en realidad. En el cielo hay muchas estrellas, y no las vemos todas, ó porque una distancia enorme las hace inaccesibles á nuestra vista, ó porque algunas nubes nos interceptan sus luces.

Todo eso lo siento mucho, dijo Pudenciana, por cuanto dificulta el conocimiento de semejantes genios bienhechores. ¡Ojalá supiera yo algunas señas inequívocas con que poder distinguirlos de los demas!

Bien conozco, prosiguió el coronel, la sinceridad de tu deseo, el que es muy justo, y si Dios te destina para casada, ¡cuánto apreciaria que encontrases un hombre de esta clase! Tú quisieras lo mismo. Es natural, por eso anhelas por algunas señas particulares para el caso. Yo quiero

complacerte, dándote una sola, muy sencilla, pero inequívoca, y esta es, *la sólida y verdadera virtud*. El hombre que la posee es el verdadero hombre de bien, y de consiguiente, cumpliendo exactamente con las obligaciones que le impone su estado, se hace útil y apreciable en cualquiera clase que ocupa en la sociedad.—

Pero, papa, hay tantos hipócritas con quienes un hombre de estos se confunda, que me parece una empresa muy ardua el distinguirlos.—Es en efecto difícil distinguir al malvado hipócrita del verdadero virtuoso; pero no es imposible, en teniendo idea de lo que es hipocresía y de lo que es virtud. Hipocresía es el fingimiento ó la máscara del bien obrar, y la virtud es el constante ejercicio de este bien obrar.

Te parecerá quizá que esta definicion dice poco; pero no, hija, en ella sola te doy el termómetro mas infalible para distinguir al hipócrita del virtuoso. El primero puede aparentar virtud, y engañar ó alucinar á los que no saben qué es virtud, ni en qué consiste; pero no puede ser constante en este fingimiento. Semejantes



á algunas mugeres zonzas que pretenden pasar plaza de garbosas, fingiendo otro andar del que tienen por naturaleza, y á poco rato se les olvida y vuelven á su antiguo trote ó pasito cansado; así son los hipócritas, que por un momento fingen piedad, castidad, humildad, y si se quiere todas las virtudes; mas esta escena no dura mucho: no, no hayas miedo que te engañen si tú los observas despacio.

No duran mas los intervalos de un loco, que las apariencias de virtud en un hipócrita. A poco de fingir lo que quieren, se les olvida, y manifiestan su ordinario modo de proceder.

No así el virtuoso verdadero, el legítimo hombre de bien, y bueno de cabeza y corazón. Este, como acostumbrado al bien obrar, es constante en el ejercicio de la virtud. *Esta constancia* es el mejor garante que tienen los hombres de su hombría de bien, y *el saber observarla* es el medio mejor para distinguir al hipócrita del virtuoso.

Papá, dijo Pudenciana, ¿quién no te ha de entender, si te explicas con tanta claridad? Pero para mejor entenderte, quisiera que me dijeras en qué consiste la

verdadera virtud, pues mientras no lo sepa, no podré observar cual es el mas completo y verdadero virtuoso.

Ya yo supongo que la verdadera virtud no consiste en rezar muchas novenas, en andar con la cabeza inclinada al sueio, con los ojos bajos, ni el semblante mustio, ni en otras exterioridades, de que hacen tanto caudal los hipócritas é idiotas; pero no me acuerdo en qué consiste la virtud verdadera, y ciertamente que tú me lo has dicho otras veces.—Si te lo he dicho; mas nuestra memoria es harto débil, y se te ha olvidado esto como otras cosas: pero atiende. Preguntaba una vez un jóven á Jesucristo, qué haria para salvarse. Guarda los mandamientos, le contestó nuestro divino Maestro. ¿Y para ser perfecto? prosiguió preguntando el jóven, á quien respondió el Señor: Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, dálos á los pobres, toma tu cruz, y sígueme. He aquí en dos palabras explicado por la Sabiduría eterna en qué consiste la virtud verdadera y la perfeccion cristiana de ella misma. El que guardare exacta y constantemente los mandamientos del Señor, será verdaderamente virtuoso, y el que, á mas



de esta indispensable observancia, tuviere la heroica resolucion de desprenderse de todos los intereses temporales, y de conformar en todo su voluntad con la de Dios, ese será, no solo virtuoso y arreglado, sino justo y perfecto, en cuanto cabe, en el estado de viador en esta miserable vida. Los que faltasen á aquella observancia y á aquel despego total de las cosas humanas, serán solamente unos hipócritas de virtud y santidad por mas exterioridades y gasmoñerías de que se valgan. Alucinarán alguna vez á los que juzgan de las cosas con ligereza; pero nunca á los que como tú saben ya en qué consiste la virtud y cuáles son las señas que convienen á los verdaderamente virtuosos.

De manera, papá, decia Pudenciana, que siendo lo mismo ser virtuosos que hombres de bien, ninguno que no guarde los preceptos del Decálogo en todas sus partes, puede ser virtuoso, y de consiguiente ni hombre de bien, ó como se dice, hombre de honor.—¿Eso qué duda tiene?—Ya se vé; pero yo he oido decir que entre los gentiles ha habido y aun hay entre los moros y protestantes de otras

comuniones diferentes de la nuestra, muchos hombres de bien, y tales que sus conductas pudieran avergonzar las de muchos católicos relajados. Esto me hace creer ó que es falso que haya habido tales hombres de bien en el mundo sin ser cristianos, ó que si los ha habido, puede haberlos sin guardar los diez preceptos dichos, pues los protestantes y moros no los guardan; y entónces sale de ahí, que para ser hombre de bien no es menester guardar los mandamientos.—Asi debería ser si no fuera tu raciocinio equivocado; pero has de saber, hija mia, que aunque es indudable que entre los gentiles, moros y otros que no han conocido ni adoptan nuestra religion ha habido y hay muchos hombres de bien, todos estos han guardado y guardan escrupulosamente los preceptos del Decálogo....—Pero, papá, ¿cómo los pueden guardar si no los saben?—Esa es la equivocacion, hija mia; pero has de saber que todos los hombres nacen con el conocimiento de esta ley impresa en el alma; y de consiguiente ligados á su observancia.—

Segun eso, papá, ¿aunque Dios no hubiera dado á Moises los diez preceptos



en el monte Sinai, todos sabriamos cuáles eran y que los debiamos cumplir?—Sí, hija mia.—¿Entónces todos los que precedieron á Moises nacieron con este conocimiento y obligacion?—No tiene duda, y de consiguiente todos los que no gozaron en el seno de Abraham del fruto de la redencion del género humano, fueron infractores de estos preceptos con cierto conocimiento de ellos.—Pues la verdad, papá, hablemos de otra cosa, porque esas son muchas honduras para mí, y no soy capaz de comprender cómo podrá un hombre saber lo que no le han enseñado.—No hay cosa mas fácil. Atiende.

Todas las naciones del mundo, sin exceptuar las bárbaras ó salvages, de unánime consentimiento, en todos los siglos han convenido en que hay un solo Dios, esto es, un Ser Supremo, autor de la naturaleza, y de quien dimana todo el bien á las criaturas. Sin ninguna revelacion conoce el hombre, por bárbaro que sea, que no se hizo á sí mismo, y que no tiene virtud ó poder para hacer producir ninguna cosa de la nada: conoce tambien que es superior con mucho á los astros, á los brutos, á las plantas y á todas las criatu-

ras que lo rodean, y de aquí deduce aunque no quiera, la existencia de un ser soberano, independiente y autor de cuanto mira; porque... así se explica el mas rústico en su interior cuando se detiene á contemplar estas verdades: si yo que soy la criatura mas perfecta en la naturaleza, segun que me lo manifiesta la superioridad que tengo sobre sus demas seres, ni pude hacerme á mí mismo, ni puedo criar un gusanillo, ni un átomo de arena, ménos hará otro tanto el caballo ni el monte, el pájaro ni el rio, ni ninguna otra cosa de cuantas me son inferiores en inteligencia y en poder. Luego algun ser hay superior á mí y á todo cuanto existe, pues fué bastante á hacernos existir. Este Criador es un Autor benéfico, pues él me dió los ojos con que miro la hermosura del campo y de los cielos; el paladar con que gusto la dulzura de las frutas; el olfato con que percibo el aroma de las flores; el oido con que escucho la melodía de los pájaros, y una particular inteligencia con que me proporciono las comodidades de la vida, y me resguardo de las intemperies y peligros con mas acierto y ventajas que las aves, los brutos y los peces. Este ser so-



berano es acreedor no solo á mis respetos y gratitud, sino tambien á mi temor, pues siendo tan poderoso y tan señor me podrá deshacer con la facilidad que me hizo, si yo lo disgustare alguna vez.

He aquí, hija mia, el modo con que han pensado todos los hombres acerca de la Deidad suprema: por este convencimiento en todas partes han tributado cultos y homenajes al Autor de la naturaleza. Es verdad que han errado en el modo de tributarlos, pero no en el fin. La ignorancia y la soberbia los han precipitado en mil abismos de delirios. El hombre incapaz de conocerse á sí, ha pretendido conocer á su Criador: por eso unos lo han adorado en el sol, otros en el fuego, estos en un buey, aquellos en un cocodrilo, y finalmente, lo han querido hallar entre los materiales objetos que les presentaba la naturaleza. De aquí nació la turba de gentiles idólatras que siempre anduvo á tientas buscando la deidad inaccesible; pero siempre reconociendo este Autor soberano, Dios de dioses y objeto único de sus cultos y adoraciones.

Apénas hubo hombres cuando hubo religion. Esta fué desarrollándose á propor-

cion que se aumentó la poblacion del mundo. Al necesario conocimiento de Dios siguió el culto exterior; se instituyeron sacrificios y ministros que los ofrecieran con el pueblo; se erigieron aras y templos; se inventaron fiestas y solemnidades; se reconocieron los templos como lugares propios para orar y como asilos para refugiarse en ellos de las persecuciones inminentes; se inventaron rogativas para aplacar el celestial enojo: se compusieron himnos y cánticos para alabar á Dios en todos tiempos, se admitió el fundamento como sagrado y como el sello de la verdad: de consiguiente se castigó al perjuero como sacrilego; se dedicaron dias particulares para el culto, y en todas partes fué adorado, aunque entre tinieblas, el augusto nombre del Señor, y reconocido su poder.

Hasta aquí ya ves como todas las naciones han convenido en que hay un Dios solo y único autor de cuanto existe: en que este Dios es poderoso, benéfico y temible: en que por lo mismo es acreedor á que le amemos sobre todo, á que no profanemos su nombre santo, y á que le consagremos nuestros cultos y adoraciones. ¡Y quién les ha enseñado á los hombres estas subli-



mes verdades? Dios mismo, dice el Real Profeta: Tú, Señor, has impreso en nuestros corazones la luz de tu divinidad.

Estos son los tres preceptos que pertenecen al honor de Dios. Los otros siete que pertenecen al provecho del prójimo, también se los enseñó la naturaleza dirigida por Dios, bajo de esta sencillísima idea: no hagas á tus semejantes el mal que no quisieres recibir de ellos.

Segun este principio de derecho natural, y sin mas luz, conocieron los hombres que no les era lícito dañar á nadie, ni en la honra, ni en la hacienda, ni en la vida. Por tanto, luego que se reunieron en sociedades, formaron sus códigos, y señalaron penas contra los injustos agresores, no dejó en parte alguna sin castigo el robo, el adulterio, el homicidio y los demás crímenes que se cometían con notable perjuicio de los hombres.

Estos, guiados por la naturaleza dirigida por su autor, no solo conocieron que no debían perjudicarse, sino también socorrerse mutuamente en sus desgracias; pues así como cada uno se reconocía con cierto derecho para reclamar los auxilios de sus semejantes en caso de necesidad,

así también conocía en sí cierta obligación de ayudar á sus iguales en el mismo caso; y de aquí tuvieron origen las leyes justas, los establecimientos piadosos, y los hechos benéficos y heroicos que admiramos aun entre las tinieblas del gentilismo.

En vista de estos conocimientos naturales, ¿qué novedad nos puede causar un Aristides, un Marco Aurelio, un Sócrates, un Tito y otros mil hombres de bien, estos es, hombres de conducta arreglada y corazón benéfico, que entre los errores del paganismo, se distinguieron del comun de sus coetáneos, derramando sus luces y prodigando beneficios á sus semejantes? Tales fueron muchos de estos grandes hombres, que los pueblos reconocidos á sus bondades, se tomaron la libertad de divinizarlos después de su muerte, creyendo que no llenaban de otro modo las sagradas leyes de la gratitud, y persuadidos á que un hombre bienhechor ó era Dios, ó no desmerecía de serlo. ¡Tanto es el amor y respeto que se grangea la beneficencia cuando recae sobre un corazón agradecido!

Pero lo que hace á nuestro intento es que estos hombres amados de los pueblos,



no lo fueron por otra cosa sino porque respetaron á sus Dioses, obraron con arreglo á la justicia, y léjos de ofender á sus semejantes, los llenaron de beneficios. Esto es en nuestra religion amar á Dios sobre todo y al prójimo como á nosotros mismos; y esto tambien es, en cierto modo, guardar los preceptos del Decálogo sin noticia quizá de los Profetas ni Escrituras (\*), pues ántes que Dios en el Sinai grabara sus preceptos en unas piedras para dárselos á Moises, ya los habia impreso naturalmente en los corazones de los hombres, segun te lo he manifestado, y de esto debes necesariamente deducir que si hubo entre los paganos algunos hombres de honor, solo fueron los que tributaron el debido culto á la deidad, los que jamas dañaron á sus semejantes, los que beneficiaron á los desgraciados; y en dos palabras, los que amaron á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos. De otro modo no serian ni podrian ser

---

(\*) Aunque los fenicios, griegos y romanos forjaron sus fábulas sobre los libros de Moises, muchos existieron ántes que él, otros despues, y ni noticia tuvieron de sus escritos.

hombres de bien, sino unos fantasmas de bondad.

Lo que decimos de los antiguos gentiles, hemos de asegurar de los modernos protestantes. Hay entre ellos y ha habido muchos naturalmente virtuosos, y cuyos escritos nos manifiestan que poseyeron unas conciencias timoratas y unos corazones llenos de beneficencia (\*).

Es verdad que como separados del seno de la verdadera religion, fuera del cual nadie puede salvarse, hicieron sus virtudes infructuosas para si mismos. Aisladas sus buenas acciones en el orden natural, desnudas de fe y de caridad, no pasaron de virtudes morales: de consiguiente no fueron meritorias ante Dios. Si se abstuvieron de cometer el mal y obraron el bien, no fué en primer lugar por complacer á Dios como el católico virtuoso, sino porque naturalmente les era odioso el vicio, y por la satisfaccion que experimentaban quando hacian algunas obras buenas, y tal vez

---

(\*) Las obras de los célebres ingleses Young y Hervey, no ahorran de amontonar nombres de protestantes en cuyos escritos brilla, como en los dos primeras, la moral mas sana y arreglada al evangelio de Jesucristo.



por lisonjearse con la brillante reputacion que estas les grangeaban. Sin embargo, la memoria de estos hombres no hubiera pasado á la posteridad con elogio, si no hubieran tenido y cultivado estas virtudes, ni estas hubieran resplandecido en ellos en tanto grado, si no hubieran cumplido exactamente los siete preceptos del Decálogo que pertenecen al prójimo y los tres divinos que pertenecen al culto del Ser Supremo.

Si esto es así, es necesario confesar que ni pudo, ni puede haber hombres de bien en el mundo sino arreglándose á la pauta de estos preceptos divinos. La digresion ha sido larga, pero yo la he juzgado importante para tí.

Y como que lo ha sido, papá, dijo Pudenciana: yo ántes de ahora, pensaba que todos los que no eran católicos eran sacrílegos, vengativos, avaros, crueles; en una palabra, libertinos y viciosos hasta el extremo.

Pensaba tambien que los que nacieron ántes de la venida del Mesias, no tuvieron ni pudieron tener ninguna idea acerca de la Deidad Suprema, y se me habia olvidado que ya me habias dicho que mu-

chos paganos sabios, aunque en lo exterior fingian creer la pluralidad de dioses que veneraba el pueblo, en lo interior conocian que era un delirio admitir un poder divino repartido entre muchos soberanos, ó reyezuelos celestiales.

Por último, pensaba yo que se podia ser verdadero hombre de bien en el mundo sin sujetarse á la santa ley que nos gobierna; pero ya veo que el que aspire á este título de honor, ha de guardar estos diez preceptos; ménos no hay tal hombría de bien, ni tal honor en ninguno. Yo te doy las gracias, papá, por tus buenos documentos, y te suplico que me des otras señas mas claras para distinguir á los hombres honrados de los que fingen serlo; pues ya tú ves que nó es fácil andarles á todos á los alcances para ver si guardan ó no los mandamientos, y seria muy oportuna una señorita reservada para conocer al pícaro y libertarse de él. ¡Oh, cuanto valiera esta piedra de toque para elegir un buen marido! Pues, digo, allá á las que piensen en casarse.

Y á tí tambien te servirá si pensares en eso alguna vez, dijo el coronel; pero aunque ya sé cual es la seña segura que tú